





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido solo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero solo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

BIRDGIRL

MI FAMILIA, LAS AVES Y LA BÚSQUEDA
DE UN FUTURO MEJOR

MYA-ROSE CRAIG

TRADUCCIÓN DE SILVIA MORENO PARRADO



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2023

TÍTULO ORIGINAL: *Birdgirl*

© Dr MC Birdgirl Limited, 2022

© de la traducción, Silvia Moreno Parrado, 2023

© Errata naturae editores, 2023

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-49-9

DEPÓSITO LEGAL: M-20863-2023

CÓDIGO IBIC: DN

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: Mick Manning

MAQUETACIÓN: Eztizen Uriarte

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO 1	
Mi familia y otras aves	14
CAPÍTULO 2	
Mi pequeño gran año	31
CAPÍTULO 3	
Shakira	62
CAPÍTULO 4	
El huésped inesperado	84
CAPÍTULO 5	
Mi temporada en Sudamérica	109
CAPÍTULO 6	
El ave dinosaurio	146

CAPÍTULO 7	
Raíces	174
CAPÍTULO 8	
Ni una palabra de los chimpancés	191
CAPÍTULO 9	
Viaje al fin del mundo	213
CAPÍTULO 10	
«California Dreamin'»	232
CAPÍTULO 11	
Aquí hay dragones	258
CAPÍTULO 12	
La isla continente	277
EPÍLOGO	301
AGRADECIMIENTOS	313

INTRODUCCIÓN

No recuerdo cuándo empezó mi obsesión por los pájaros; me da la impresión de que llevo toda la vida observándolos. Dado que mis padres me llevaron a mi primer avistamiento con solo nueve días, es normal que tenga esa sensación. Las descomunales estanterías de nuestra casa están repletas de títulos como *Alcaudones*, *Suimangas*, *Pájaros carpinteros* y *Chotacabras*, guías con preciosas ilustraciones de aves de todos los rincones del planeta. De niña, y antes incluso de aprender a leer, me apoyaba esos libros en el regazo para escudriñar las ilustraciones; las recorría con el dedo y me imaginaba que estaba acariciando las suaves plumas de un colibrí, atisbando una pita en una selva umbría o disfrutando de los rayos del sol reflejados en el plumaje dorado del pergolero regente. Después, copiaba los dibujos en mis cuadernos al tiempo que planeaba largos viajes de pajarero con mi familia a lo largo y ancho del mundo.

Cuando yo nací, mamá, papá y mi hermana mayor, Ayesha, eran ya una conocida familia de pajareros, joven y moderna, frente a los arquetipos de hombre blanco de mediana edad con impermeable que proliferaban en aquella época. Mamá también destacaba por otros motivos: es bangladesí, de Sylhet, y el círculo de pajarero no era precisamente famoso por su diversidad étnica. Éramos tan «peculiares» que en 2010 salimos en un

documental de la BBC titulado *Twitchers: A Very British Obsession* [Pajarereros: una obsesión muy británica].

Las aves me llevaron a la campiña británica y luego más lejos, a recorrer todos los continentes con mis padres, en los que descubrí no solo aves raras, endémicas y magníficas, sino también las consecuencias de la degradación de los hábitats en las personas y la vida salvaje. Fui testigo de la pérdida de biodiversidad causada por el cambio climático, el sector maderero y las plantaciones de palma aceitera, entre otras formas de sobreexplotación de la tierra.

Convertirme en activista política y medioambiental supuso, por tanto, una progresión natural, sin lugar a dudas inspirada por un ave: el diminuto correlimos cuchareta, cuya población estaba disminuyendo de forma drástica por la pérdida de hábitats en su lugar de cría, Siberia. Uno de los motivos de tal decrecimiento era el calentamiento global, que se sumaba a la desaparición de las marismas —provocada por el ser humano— de China y Corea del Sur, donde las aves se detienen para coger fuerzas durante su migración. Las trampas también constituían un grave problema para el correlimos, pues, por desgracia, solía caer en las que los habitantes pobres de Myanmar y el sur de Bangladés ponían para otras zancudas, más grandes, que les sirven de alimento. Se trataba, ni más ni menos, de un microcosmos de los problemas medioambientales a los que se enfrenta el planeta.

En el verano de 2011, la población mundial de correlimos, formada por doscientos ejemplares, pesaba menos que un solo cisne. Los científicos creían que, sin intervención humana, era muy probable que la especie se extinguiera al cabo de diez años. Como parte de un esfuerzo desesperado por mantener una población de reserva (un arca, por así decirlo), un equipo de conservacionistas trasladó trece ejemplares jóvenes de correlimos desde la tundra siberiana hasta los humedales protegidos de Slimbridge, en Gloucestershire, a tan solo una hora de mi casa, cerca de Bristol. La población en cautividad aumentó el año

siguiente, cuando se llevaron desde Rusia catorce huevos que lograron eclosionar en Slimbridge. Recuerdo bien el momento en el que me enteré de la noticia; fue extraordinario y conmovedor, la prueba de lo que puede conseguirse cuando las organizaciones mundiales por la conservación trabajan juntas.

Gracias a los conocimientos adquiridos con la cría de esta población en cautividad, los conservacionistas desarrollaron una técnica llamada *headstarting*, que consiste en recoger e incubar los huevos y, cuando estos eclosionan, alimentar a los pollos a mano hasta que están listos para su suelta en condiciones seguras. Este proceso ayudó a aumentar en un veinte por ciento el número de polluelos que sobreviven cada año, y, desde 2015, se han devuelto a la naturaleza ciento ochenta correlimos. En la actualidad, se calcula que la población ronda los mil ejemplares.

En 2015, tuve la suerte de viajar a la isla de Sonadia, en Bangladés, como parte de un proyecto internacional para contabilizar la población migratoria. El correlimos mide solo catorce centímetros de largo y uno de sus rasgos más característicos es un gracioso pico en forma de cuchara que le sirve para rebuscar entre el lodo y el cieno, en las pozas de playas, marismas y otros humedales poco profundos, a la caza de los pequeños invertebrados de los que se alimenta. Todos los inviernos, abandona su remoto lugar de cría, en el extremo nororiental de Rusia, para emprender una migración de ocho mil kilómetros siguiendo el litoral de Rusia, China y Corea del Sur, hasta llegar a Myanmar y Bangladés.

Cuando nos subimos a una lancha motora rumbo a las marismas de la isla de Sonadia para empezar el recuento, mamá y yo teníamos una sola pregunta en la cabeza: ¿la cifra de esos visitantes invernales estaba aumentando o disminuyendo? Era un día tórrido y una capa brillante se extendía sobre la tierra. ¿Aquello que divisaba a lo lejos era un correlimos? ¡Sí! Allí estaba, con su extraño pico, su vientre blanco y esponjoso y sus alas moteadas

de marrón y gris. Era raro ver al ave en carne y pluma, sabiendo que había llegado al destino de su épico viaje.

Y yo podía sumarme a ese proyecto. El año anterior, había puesto en marcha mi blog, Birdgirl, en el que hablaba de las muchas aves que había avistado por todo el mundo; entonces añadí a mis páginas una entrada sobre la desesperada situación del correlimos y, una vez en Daca, aproveché el eco cada vez mayor que tenía en redes sociales para dar a conocer el problema a través de la televisión y la prensa nacional de Bangladés, así como a la diáspora bangladesí en el Reino Unido. Me embarqué en una campaña de por vida para llamar la atención sobre las consecuencias del cambio climático y la destrucción de nuestro entorno natural, las aves, la tierra y las personas.

Las aves son al cambio climático lo que el canario a la mina de carbón. El proyecto internacional en favor del correlimos cuchareta resulta aún más pertinente cuando se recuerda que el aumento previsto de un metro en el nivel del mar dejaría bajo el agua no solo la isla de Sonadia, sino también casi el veinte por ciento de Bangladés, uno de los países con mayor densidad de población del mundo, antes de 2050. Una catástrofe para el correlimos y el ser humano por igual. Pero... si salvamos al correlimos, también salvaremos al resto de especies de mamíferos, peces e insectos que comparten su precario hábitat.

Cuando tenía dieciocho años, en 2020, me invitaron a compartir escenario con Greta Thunberg, la activista climática sueca, en el encuentro de Jóvenes por el Clima que se celebró en Bristol, Bristol Youth Strike 4 Climate. Lejos quedaban ya las marismas de la isla de Sonadia y, con el paso de los años, también había pulido mi mensaje y mi manera de plantearme el activismo. Aunque los proyectos de conservación de nuestras aves y vida salvaje siguen siendo prioritarios para mí, ante un público de cuarenta mil personas hablé sobre quienes no tienen voz: expresé mi

preocupación por los pueblos indígenas expulsados de sus tierras ancestrales en nombre de la conservación, por las injusticias que se han infligido en el sur global en nombre de la acción contra el cambio climático. Encontré mi propia voz cuando era adolescente y, aunque al final el trayecto ha durado mucho más de unos cuantos años, es un viaje en el que pretendo seguir embarcada.

Por desgracia, y ante el telón de fondo de mi creciente activismo, mi vida familiar era difícil. Durante gran parte de mi infancia, mamá lidió con una grave enfermedad mental, por la cual alternaba periodos de depresión y de manía, mientras mi padre buscaba frenéticamente formas de hacerla sentir mejor. Las aves acudieron a nuestro rescate una y otra vez, un vehículo para la sanación que nos sacaba de nuestras vidas con estallidos de colores y asombro nuevos y nos daba el sostén para hacer frente a las dificultades que se nos presentaban.

Mi paso a la edad adulta no ha sido nada fácil, pero espero ser capaz de trasladar, a lo largo de estas páginas, que todo empezó con las aves. No existe nada comparable al instante en el que aparece el ave que estás buscando. Quizá lleves horas esperando, con la vista fija en un cielo lúgubre, helada hasta la médula por culpa del viento o empapada de sudor bajo el calor sofocante de una selva, sin siquiera espantar a los molestos mosquitos por miedo a asustar a tu ave. Es un momento feliz, de celebración, de «qué maravilla» y «pero mira eso». Y no hay nada mejor que compartir esos minutos con gente con tus mismos intereses, es como cuando tu equipo de fútbol marca el gol de la victoria en una final de copa. Se suceden los abrazos, los vítores, las sonrisas de oreja a oreja y las carcajadas. Y es una sensación que dura ese día, el siguiente y muchos más. Avistar un ave solitaria que, contra todo pronóstico, se ha apartado de su ruta migratoria para pasar una temporadita en una tierra nueva y extraña es una experiencia única, un nirvana, una criatura espléndida que se queda grabada a fuego en la memoria para siempre.